

Serge Gruzinski.

Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation.

Paris: Éditions de La Martinière, 2004. 479 páginas.

Serge Gruzinski es un historiador reconocido en Europa, en Estados Unidos y en América Hispana por la calidad de sus trabajos, por su carácter innovador, por la originalidad de los problemas que se plantea, por la forma concreta de presentarlos y por la manera como documenta cada una de sus afirmaciones, a través de un trabajo de archivo exhaustivo, hasta donde es posible, en función del argumento de que se trate.* Puede decirse sin vacilar que, con cada nueva obra de Gruzinski, el análisis histórico vuelve a dotarse de ese carácter de saber empírico, de perspectiva analítica que lo caracteriza en sus mejores representantes, y se aleja por completo de su reducción a una simple práctica notarial (la simple copia de documentos), aunque también de toda especulación abstracta, que conduce a que el análisis histórico rompa sus relaciones con ese mundo empírico que constituye el límite de cada una de sus afirmaciones, cuando el oficio se ejerce en un marco de “ciencia controlada”.

Gruzinski publicó en el año 2004 la que hasta el presente es —en mi opinión— una de sus más portentosas obras, no solo por el esfuerzo de síntesis que representa y por el conocimiento enciclopédico que el autor muestra sobre la historia social y cultural de buena parte del mundo en los siglos XV-XVIII, sino por la forma como esta obra desafía muchas de las prácticas normales de los historiadores “de los dos lados del Atlántico”.

Hemos esperado por bastante tiempo la traducción de esta obra al castellano —en general, ha sido el FCE el responsable de esas traducciones—, pero hasta el presente no hemos encontrado ningún anuncio al respecto, razón por la cual vamos a referirnos a la edición francesa.**

Les quatre parties du monde es el primer intento que conozco por mostrar el carácter casi universal de la monarquía católica (1580-1640) y el significado que ese temprano proceso de “globalización” tuvo, por lo menos, para cuatro continentes. La afirmación puede parecer retórica o simple desinformación, pues, de Fernand Braudel y John Elliot a muchos de los intentos ingleses recientes de escribir libros en la perspectiva de una *Global History* (a lo que habría que

[339]

* Las informaciones biográficas y el listado de las obras de Serge Gruzinski son fáciles de encontrar a través de la *web*. Un perfil biográfico reciente puede verse en la página del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), de Lima. Informaciones sobre su actividad docente se encuentran en la página de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París, desde donde el interesado puede pasar a *Nuevos Mundos / Mondos Nuevos*, la revista electrónica que anima Gruzinski, junto con un grupo destacado de “americanistas”.

** La edición de La Martinière tiene el encanto de un verdadero objeto de arte, pero hay una edición de menor costo, sin ilustraciones, en *Points/Essais*, del año 2006.

sumar el *Orbe Indiano* de David Brading), habría muchas obras que incluir en el inventario. Sin embargo, la diferencia y el avance parecen encontrarse en el *enfoque* con el que Gruzinski aborda los problemas.

Digamos, ante todo, que no se trata simplemente de identificar redes transcontinentales —y mucho menos redes limitadas a la actividad comercial y que, como producto derivado, hubieran podido introducir cambios sociales y culturales—, aunque tales redes y puntos de conexión efectivamente se localizan de manera muy precisa en el trabajo. Agreguemos que no se trata tampoco de seguir la política de escala casi planetaria de un soberano español, dentro de los límites de una monarquía cuya extensión no ha sido superada ni antes ni después, y en la que tal vez sí resultaba cierto que el “sol no se ponía”, para recordar la conocida frase que se le achaca a un monarca francés.

Les quatre parties du monde es ante todo un esfuerzo de historia social y cultural integradas —sin ninguna necesidad de “metadiscursos” teóricos sobre la cultura—, y es, en gran parte, una perspectiva renovada de “historia total”, aplicada al estudio de sociedades cuyas historias se han considerado sin mayores conexiones, como en el caso de los mundos asiáticos y americanos, o de las culturas islámicas y cristianas en el ámbito de la colonización americana. Lo mismo en el caso de las relaciones entre América Hispana y el mundo africano, cuyas relaciones no se limitan a la simple trata de esclavos, sino que comprometen, sobre todo a través de Portugal —en esos años, parte de la monarquía católica—, estrechos vínculos con Brasil y con otras partes de las posesiones de ultramar de la Corona española.

Lo que en su libro Serge Gruzinski se ha planteado es la construcción de un marco de interpretación, con precisas implicaciones de método y de trabajo de archivo, a partir del cual se puedan mostrar de manera concreta las principales formas de relación a las que daba lugar —en el campo de la cultura, de la política, de las poblaciones, de las ideas, de las circulaciones de todo tipo— la existencia de una monarquía que conectaba regiones que, en principio, se encontraban alejadas, dispersas por vastos territorios de difícil acceso, localizadas sobre cuatro continentes diversos e incluyendo comunidades humanas que tenían, en un comienzo, elementos de profunda diferenciación en términos de civilización material y de evoluciones espirituales, pero a las que la monarquía logró conectar, por lo menos en ese periodo, ligando a grupos e individuos que vivían en espacios fragmentados y altamente discontinuos, y a los que, entre otras cosas, en ese momento unía tan solo una autoridad política, que, en buena medida, era ante todo una referencia imaginaria.

Lo que resulta formidable en el libro de Gruzinski es el modo en que su perspectiva de análisis le permite encontrar la forma como se construyeron cadenas de interdependencia y la forma como en ese espacio circulaban las más insólitas producciones de toda índole, muchas de las cuales fueron rápidamente asimiladas por las sociedades que entraban en contacto (hasta el punto

de que hoy muchos de esos productos del intercambio son declarados, por los “buscadores de identidades perdidas”, como rasgo de “autoctonía” y “diferencia cultural”, como “principio de identidad” inalterable).

Hay que agregar que no se trata de un análisis de redes y de circuitos, considerados como funcionamientos autónomos, que conectan, en virtud de una dinámica que no siempre se explica, puntos que antes se encontraban aislados. La obra de Gruzinski, alejada de todo “automatismo estructuralista”, no separa redes de agentes, y muestra de manera concreta y siempre documentada la forma como viajan, como circulan los productos, como se integran a nuevos ámbitos, como se modifican en el marco de otros sistemas de relaciones, pero siempre bajo la acción de agentes, de hombres de la Corona, que, en su calidad de militares, de funcionarios, de religiosos, de viajeros, de escritores, de aventureros, son los encargados de dar forma y definición a esas interconexiones que el libro pone de presente.

Esa perspectiva de interconexiones e intercambios sistemáticos, en el marco de un espacio geográfico muy amplio, fragmentado y discontinuo —como lo hemos ya advertido— es uno de los pilares sobre los cuales el autor construye su perspectiva —repleta de humanismo sabio— acerca del mestizaje. A su manera, *Les quatre parties du monde* es una historia renovada del mestizaje, de una forma de intercambio que tiene como característica mayor el haber derivado en rasgos incorporados, en asimilación, más activa que pasiva, a partir de los rasgos que se iban transfiriendo.* Un intercambio que, como el libro lo demuestra, no puede ser pensado bajo la idea simple y unilateral de imposición, sino que debe ser sometido a una imagen compleja que permita entender tales procesos en el marco de cruces horizontales, verticales y circulares, de modificaciones en la recepción misma y en los usos posteriores, en una forma de comunicación material y espiritual que no deja quieta a ninguna de las “partes implicadas”, sin que nada de esto desemboque en la idea de una “negociación universal y ecuaníme”, a la manera de una especie de pacífico “Tratado de Libre Comercio” destinado al mismo tiempo a favorecer a todos.

Las estructuras de la dominación, las formas de imposición, la elemental explotación económica —recordemos, por ejemplo, eso que Marx llamaba el despertar del “hambre de trabajo excedente”, cuando se refería a las conquistas y colonizaciones de los siglos XVI y XVII— no desaparecen de ninguna manera del escenario. Simplemente recuerdan que el dominio y el sometimiento de una población no son nunca hechos simples —máxime en el caso de sociedades que desde un principio se mezclaron, tanto en el campo biológico como cultural—, sino que conllevan un enriquecimiento mutuo, aunque ese proceso haya sido

[341]

* Las orientaciones más generales sobre su forma de entender lo que designa como *mestizaje* las había mostrado y ejemplificado Gruzinski en un libro profundamente innovador, que se titula *El pensamiento mestizo* (Barcelona: Paidós, 1999).

en su momento desigual, doloroso y, en gran medida, destructivo para quienes habitaban el “Nuevo Mundo” antes de la llegada de los conquistadores y colonizadores.

Hay que señalar que *Les quatre parties de monde* se relaciona de manera directa con un enfoque, con unos supuestos y con una propuesta, con una manera de hacer el trabajo de historiador que, en otros textos, el autor ha tematizado de manera a la vez polémica y teórica.* Ante todo, se trata de echar a rodar un enfoque que se presenta como una alternativa a la llamada *historia comparada*. Como se sabe, el proyecto de una tal historia fue planteado desde finales de los años veinte por Marc Bloch, pero muy poco es lo que en esa dirección se ha avanzado de manera práctica, y lo que se ha hecho siempre ha estado limitado más bien a comparaciones formales, a veces arbitrarias o puramente morfológicas.

Se trata también de una propuesta que en muy poco recuerda los libros de “historia del mundo”, que resultan ser casi siempre síntesis aventuradas de la *literatura secundaria* que existe en un momento dado sobre unas cuantas regiones del orbe (fuentes secundarias casi siempre limitadas al idioma inglés). Se trata, desde luego, de una perspectiva que se opone de manera radical y explícita a los usos corrientes y dominantes designados como *microhistoria* —más allá de las tres o cuatro obras innovadoras que hace unos años se produjeron con ese rótulo—, práctica historiográfica que, en gran parte, ha llegado a ser la restitución de la vieja “historia local”, y que ha significado ante todo la resurrección de las viejas “historias de mi pueblo” —que en un país como el nuestro tienen tantos adeptos—.

Se podría salir con facilidad del problema que plantea la obra de Gruzinski que glosamos diciendo que el asunto se soluciona a través de la cuestión de las “escalas de análisis”, tal como lo han planteado algunos adeptos de la microhistoria que desechan el análisis de larga duración —el cual intenta, además, la comprensión de amplios espacios geográficos y sociales— con el argumento de que una mirada concentrada —etnográfica, ampliamente descriptiva— permite salir del mundo de las generalidades a las que, supuestamente, nos condena el análisis que construye grandes unidades de tiempo y de espacio.**

* Véase, por ejemplo, *Annales* 1 (2001): 51-117, en donde Gruzinski y Sanjay Subrahmanyam —profesor de la Universidad de California e impulsor de la misma perspectiva— han sintetizado, cada uno en un texto, los fundamentos de un enfoque designado como “historias conectadas”. Véase así mismo, en las páginas 119-123, algunas observaciones críticas y una interpretación que, en términos de historia social y de coyuntura historiográfica, hace Roger Chartier, con perspicaz sentido analítico, de la propuesta de “historias conectadas”.

** La tentación de solucionar por esta vía las dificultades y posibles objeciones a la microhistoria es clara en algunos textos del libro que ha dirigido y presentado Jacques Revel, *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience* (Paris: Gallimard / Seuil / Hautes Études, 1996).

El libro de Serge Gruzinski estaría mostrando de manera práctica que el problema puede ser más complejo, y que la pertinencia del argumento de los “microhistoriadores” podría ser solo aparente, sobre todo si tenemos en cuenta que *Les quatre parties* combina con muy buenos resultados el “telescopio” y el “microscopio”, y es de una riqueza etnográfica que sorprende, en especial en el análisis de textos, y mucho más en el análisis de objetos, particularmente esos objetos que hoy designaríamos como “objetos de arte”, según nuestras convenciones, y que en el texto aparecen insertos de manera radical en el ámbito de la vida cotidiana.

[343]

Hay en las descripciones de objetos en este libro lo que podríamos llamar “un amoroso deleite” por hacer notar la manera como las culturas, las perspectivas, las simbiosis, los intercambios y los préstamos aparecen presentes en el mundo de los objetos y de las imágenes que los rodean y decoran, acudiendo a una narrativa concentrada en la descripción de una sombrilla japonesa, de una vasija china, de un cuadro de iglesia mexicano, etc. Una narrativa que fuera no solo testimonio del proceso, sino una forma redoblada de relato que se adelanta al historiador y se ofrece como pista de interpretación de ese vasto “comercio conectivo” al que dio lugar la monarquía católica.

Señalemos, además, que la perspectiva planteada por Serge Gruzinski resulta clave en otros dos puntos que hasta ahora solo hemos insinuado. El primero se desprende de la manera compleja como en el libro se asume la idea misma de conquista, colonización y dominio, pues al enfocar ese proceso en los marcos del intercambio, los préstamos y los mestizajes, se abandona la habitual perspectiva etnocéntrica y se pone en tela de juicio la existencia de un modelo único de evolución social, evitando toda referencia a un centro absoluto en torno al cual todo se ordena, como ocurre —y esto parece ser una ironía— con quienes utilizan la idea de *relaciones de dominación* de una forma tan absoluta y unilateral, creyendo dar prueba de “radicalismo histórico militante”, quienes, *a posteriori*, deben hacer grandes esfuerzos para poder encontrar las formas de resistencia que se dieron en los pueblos conquistados, pues resulta difícil encontrarlas cuando previamente se ha declarado la existencia de una “dominación absoluta”, una explotación sin límites y un proyecto de “destrucción” y “aniquilación” de las sociedades conquistadas.

El segundo punto tiene que ver con la ampliación espacial y temporal de la noción de *modernidad temprana* —más allá de las fechas que cobija la monarquía católica— por vía de la redefinición de su contenido, el que ya no tiene por qué ser pensado de manera exclusiva bajo la forma que parece haber tenido en el continente europeo. Esto además quiere decir, en términos de método, que el camino del análisis no pasa por la comparación de un modelo ideal europeo enfrentado a su línea de desviación (las periferias del mundo), sin que esto signifique declarar una supuesta “autoctonía y autonomía” del proceso de acceso a la modernidad de las regiones consideradas como periféricas. Se trata más bien

del estudio de conjunto de las formas de construcción de ese objeto de difícil definición que llamamos “modernidad”, en las *cuatro partes del mundo*, a través de modalidades complejas que tuvieron elaboración —desigual, desde luego— en ese mundo social y cultural, relacionado y diferenciado, que empezaba a ser el esbozo de una “sociedad universal”.*

[344]

El enfoque de las “historias conectadas”, con el que desde hace unos años Serge Gruzinski ha decidido ampliar y potenciar sus búsquedas, no está planteado como un nuevo paradigma o como una fórmula general por fuera de la cual el trabajo del historiador no tendría sentido. No significa tampoco que todo trabajo de historia deba plantearse en una escala universal, o cosas de esa naturaleza. Es una propuesta para ampliar los marcos del análisis, una invitación para sacar los problemas del análisis histórico del enclaustramiento en que los ahoga la tradicional “monografía regional” o el estudio encerrado en falsas fronteras, que se presenta como “microhistoria”, y potenciar todos los sistemas de relaciones que pueden ayudar a multiplicar los puntos de vista bajo los cuales puede ser considerado un problema, introduciendo, a la vez, elementos de causalidad y de azar que dejan de lado toda perspectiva simplista, inscrita en el modelo habitual de “una causa, un efecto”.**

Sin presentarse, pues, como una nueva “revolución historiográfica” —de las que tanto escuchamos hablar cada cierto tiempo—, sin declarar “tradicionales” a los demás enfoques, tal como en su momento lo hizo, por ejemplo, el “*linguistic turn*” en los Estados Unidos, el enfoque de las “historias conectadas” puede ser un instrumento de apoyo para modificaciones profundas en muchos sectores de la historiografía hispanoamericana.

En el caso colombiano —que no es diferente en este punto del resto de la región—, mencionemos, por ejemplo, la situación de la llamada “historia colonial” (una categoría que además está en mora de ser revisada). Como se sabe, los análisis de la sociedad colonial han encontrado en su mayor parte su marco espacial en las divisiones político administrativas que produjo el siglo republicano —los “países”, el “Estado nación”— y han supuesto una concepción de una sociedad cerrada y aislada, poco conectada con el mundo, olvidando su pertenencia a una monarquía europea que la conectaba no solo con la Europa

* Luego de *Les quatre parties du monde*, Serge Gruzinski ha profundizado sus búsquedas, llevándolas de manera muy precisa al estudio de las conexiones e interrelaciones entre América Hispana y los mundos islámicos. Véase al respecto su nuevo libro *Quelle heure est-il là bas? Amérique et Islam à l'aube des temps modernes* (Paris: Seuil, 2008).

** Uno de los últimos textos publicados en castellano por Serge Gruzinski trata sobre la historia musical —la historia de la ópera— y vuelve a poner en marcha la perspectiva “transfronteriza” de las historias que se conectan. Véase Verónica Zárate Toscazo y Serge Gruzinski, “Ópera, imaginación y sociedad. México y Brasil, siglo XIX, historias conectadas. Ildegonda de Melesio Morales e Il Guarany de Carlos Gomes”, *Historia Mexicana* 58.2 (oct.-dic. 2008): 803-860.

renacentista, sino con otras amplias porciones del mundo (de hecho, con el propio islam, si se recuerda que, por ejemplo, las cajas de ahorro comunal de muchas comunidades indígenas recogían dineros para la lucha contra “el infiel”, de la misma manera como los notables santafereños recorrían las calles de la ciudad pidiendo “limosnas” para el apoyo en las luchas del soberano español contra sus rivales en Europa).

El aislamiento —que por algunos momentos fue característico del siglo XIX, sobre todo en medios rurales, un siglo menos cosmopolita que aquellos que cubre la sociedad colonial— se ha, pues, proyectado sobre una sociedad y unas comunidades humanas que eran más móviles y conectadas de lo que se puede haber supuesto.

El final del siglo XX, con su énfasis desmedido en la búsqueda de identidades al parecer constituidas “desde siempre” y de tradiciones supuestamente preservadas de las comunidades indígenas y negras, y con su rechazo implícito de toda la transformación a la que dio lugar el amplio proceso de mestizaje social y cultural, ha agudizado aún más los problemas, porque todos los elementos que conectan, no ya en el plano general de la monarquía, sino en el simple plano de la propia sociedad colonial, a los diversos grupos sociales, son dejados de lado en beneficio de lo que se denomina la “comunidad” y la “identidad”.

RENÁN SILVA

Universidad del Valle, Cali

resilva@telmex.net.co

[345]